CHAPULTEPEC.

RECUERDOS HISTORICOS.

Recepción á los Delegados de la 2a Conferencia Pan-Americana.

SEGUN cuentan añejas historias, allá en los remotos tiempos en que México tenía el nombre de Nueva España, alguno de los buenos Virreyes, no podemos negarlo, se preocupaba tanto del mejoramiento material de la metrópoli como del bienestar de sus moradores, que mandó construir sobre Chapultepec, que en mexicano quiere decir cerro del chapulín, una pequeña ermita dedicada á San Francisco Javier. En ese mismo lugar estuvo en otros tiempos el palacio de los reyes aztecas.

Don Luis de Velasco, uno de los Virreyes notables de México, llevó á Chapultepec una cría de perros de caza, llamados lebreles, que trajo á la Nueva España, el Arzobispo Montrifar, y cuya raza se extendió más tarde por casi todo el país.

El Virrey Alburquerque, ordenó la reedificación del edificio pues que, el 19 de Noviembre de 1784, siendo ya un pequeño palacio, colocaron en él una fábrica de pólvora, y ésta voló ocasionando muchas desgracias. El Marqués de Croix y el Virrey Bucareli, secundando á su antecesor, intentaron también la reedificación del edificio, pero obstáculos puestos por los ingenieros nombrados al efecto, y otras mil circunstancias que sería difuso traer á colación, impidieron á aquellos señores su benéfico propósito, y no vino á realizarlo, sino el Virrey Marqués de Gálvez.

El Tribunal del Consulado, ofreció una subvención de $20,000 para la obra, á condición de que el recibimiento de los futuros Virreyes, se efectuara

en el Castillo de Chapultepec, pero como por una real orden enviada por el Rey de España, la ceremonia de la recepción devería verificarse en San Cristobal Ecatepec, el consulado retiró la subvención.

Recuerdan todavía nuestros abuelos, que en la puerta de entrada del bosque, puerta que se derribó en 1877 para sustituirla con otra moderna, la que á su vez ha desaparecido también, había una lápida con esta inscripción:

Don Luis de Velasco, Virrey de esta Nueva España, dedica á su soberano este bosque, lugar de recreo público, hermoso por su frondosidad y fábrica.

Como se ve y queda dicho, desde antaño fué Chapultepec un paseo público. En la época de la Independencia, se formó allí un jardín botánico; más tarde sirvió de albergue al Colegio Militar. A ese Colegio que ha dado tantos y tantos militares ilustres y distinguidos á nuestra patria. El Colegio de donde salieron los bravos alumnos que durante la invasión Norte-americana, de 1847 á 1848, se batieron tan heróicamente en ese castillo ya legendario por mil titulos, imprimiendo con su sangre vertida allí á torrentes, una página gloriosa y venerada para todos los mexicanos, que vemos á Chapultepec con positivo cariño.

El infortunado príncipe Maximiliano, lo tomó para su mansión, dándole el título de alcázar de Chapultepec; él comenzó á hacerle mejoras notables y de ornato, y á su ejemplo los Presidentes Juáarez, Lerdo y últimamente el Señor General Díaz, han tenido la feliz idea de irlo hermoseando y enrriqueciendo, y de adoptarlo también como mansión veraniega. Seríamos injustos sino hicieramos mensión especial del Sr. Lic. Don José Ives Limantour, Secretario de Hacienda, á quien se debe el estado actual que guarda el Castillo, y muy particularmente su hermoso bosque y sus prados bordados de fina *pelouse*, que nos recuerdan los jardines de Tullerías ó de Hay-Park.

A este sitio de recuerdos históricos, á este alcázar embellecido por el arte, asistieron los señores Delegados á la segunda Conferencia Pan-Americana, la tarde del día 5 de Noviembre invitados por la distinguida esposa del señor General Díaz, para obsequiarlos con una *taza de te*, en la gran tenaza del Castillo.

Sabido es que en Europa á ciertas fiestas á las cuales no se quiere dar un carácter severo y de tirantez oficial, se llama sencillamente *tomar una taza de té*, pero esas reuniones resultan casi siempre sencillas, suntuosas y variadas, porque no tienen programa fijo, y amenas porque todo el mundo se siente *á son aise*.

El sol de ocaso, podríamos decir con propiedad, doraba con sus rayos una línea no interrumpida de brillantes carruajes, que, por el paseo de la Reforma se dirigían al alcázar de Chapultepec lugar de la cita dada por la señora Carmen Romero Rubio de Díaz á sus honorables imvitados. Los cuatro habían dado en el reloj del Caballero Alto del Alcázar; cuando la teraza que se halla frente á la escalinata de mármol que da acceso al departamento en que se arreglaron los salones de descanso, se vió llena de lujosos carruajes que conducían á los invitados.

Vimos descender de sus coches á los Secretarios de Estado y sus familias, á los Señores Delegados con sus esposas é hijas y á los miembros del Cuerpo Diplomático llevando también á sus estimables familias aquellos que

las tienen en el país. Personas distinguidas de nuestra buena sociedad concurrieron también á tan encantadora fiesta.

Al pie de la escalera de mármol, una comisión compuesta de siete caballeros esperaba á las damás y señoritas para conducirlas hasta la terraza.

El adorno floral comenzaba desde la escalinata. A los lados de los leones que la decoran, se veían plantas tropicales y frescas flores formando gracioso conjunto. Entre los albortantes de bronce que sostienen los candelabros, había *paneaux* de musgo que iban á rematar en espiral en lo alto de las columnas. A ambos lados de la escalinata se veían macizos de plantas y flores, y jarrones de mármol artísticamente velados por palmeras.

En el primer descanso, lucía una expléndida jardinera formada por begonias é igual adorno se veía en los descansos de los lados.

Del techo pendía una artística canastilla de flores naturales iluminada á pequeñas distancias por diminutas lámparas incandescentes.

Algo creemos haber visto en Europa en materia de adornos florales, en las diversas fiestas á que concurrimos y lo que llevamos descrito, nos trajo á la memoria la escalinata del Palazzo Caffarelli en Roma, durante una fiesta á que fueron invitados Sus Majestades Humberto y Margarita en la mansión de la Embajada alemana cerca del Quirinal. Y por ende nos complacía en extremo ver en nuestra patria unido á la exhuberancia de su rica flora, el arte italiano. En los corredores inmediatos á los salones se observaba el mismo buen gusto del adorno floral pero en un delicioso *crescendo*. Las columnas que, según recordamos, son de orden jónico, estaban cubiertas por plantas y flores tropicales y tenían en derredor un gran canastillo de miembre derramando flores exquisitas de las que estaban henchidos.

Luces incadescentes, colocadas caprichosamente detrás de patallas de colores, hacían resaltar de tal manera el adorno, que aquello parecía algo feérico y poblado por hadas invisibles.

Se hacían notables de trecho en trecho al lado de los muros, seis jardineras con orquideas, de formas originales.

En el centro del jardín, quedó levantada una preciosa gruta de rocas y follaje.

Multitud de foquitos incandescentes ocultos entre las plantas y las flores, le daban un aspecto fantástico y original.

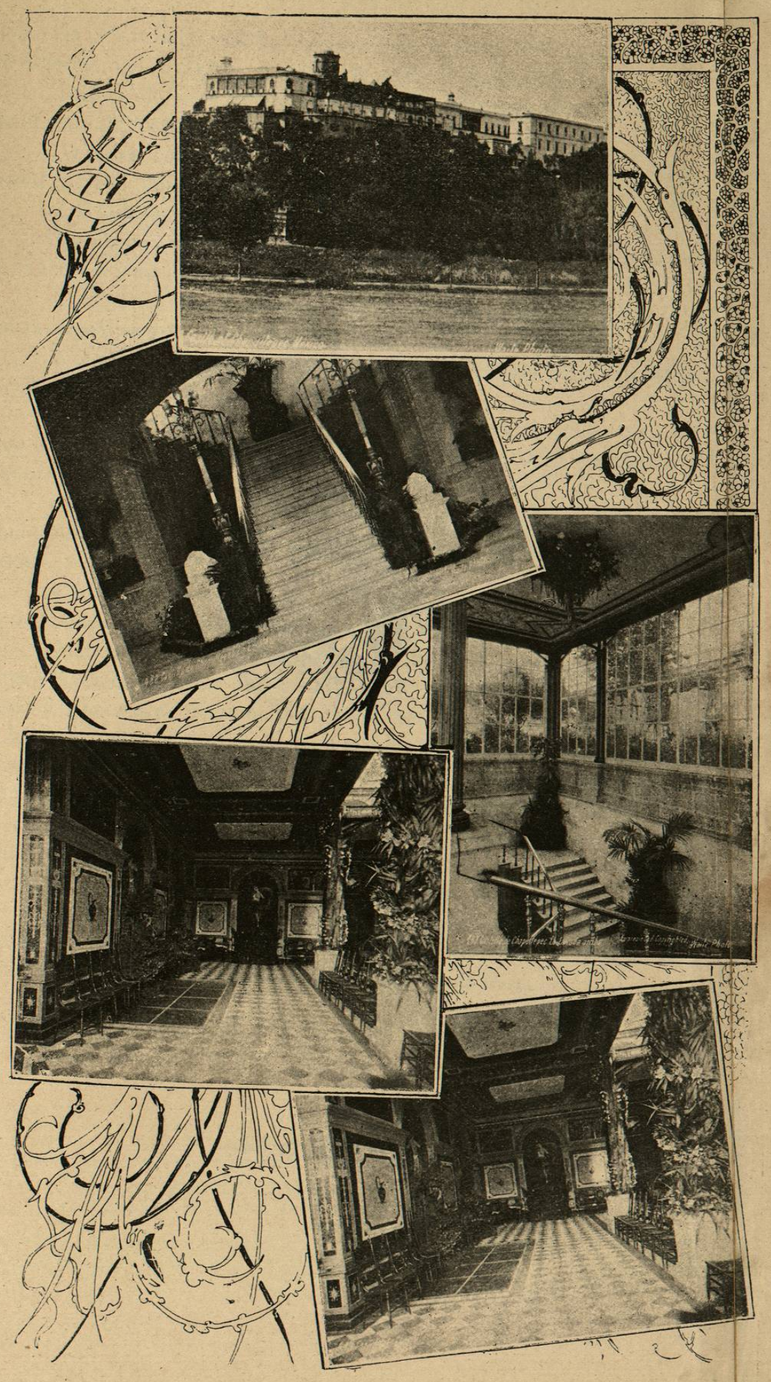
Una orquesta de cuarenta profesores del Conservatorio fué colocada en el centro.

Un gran toldo formado de lona cubría todo el jardín.

La ornamentación estuvo encomendada, según se nos dijo, á Don José V. Landa y Don Pablo Escandón.

Tanto el corredor del Castillo, como las elegantes habitaciones del primer piso, fueron convertidas en salones para el té. Las mesas estaban colocadas de manera graciosa, y el servicio resultó magnífico.

En la terraza, que fué en la que pudimos notar el arte unido al buen gusto, se colocaron tres hileras de mesas que podían contener veintitantas personas. Para cubrir la terraza, se levantó otro toldo en forma de tienda de campaña. De las columnas pendían guías de flores y focos incandescentes.



Vista del Castillo.—Escalera de honor.—Terraza.

BIBLIOTECA PUBLICA DE NUEVO LEON

Sobre las mesas había grandes candelabros de plata, que sustentaban velas de esperma, cubiertas con pantallas de seda.

Sobre cada mesa, resaltaba una artística figura de centro, henchida literalmente de rosas, de camelias y de otras flores exquisitas.

Azafates cincelados de plata, contenían frutas aromosas y otros de cristal cuajado, flores naturales escojidas.

Los lacayos vestían lujosa librea.

Una banda militar se situó á la derecha de la escalera, en el extremo de la terraza y estuvo alternando con la orquesta.

Como á las seis de la tarde, comenzó un improvisado baile en el salón de recepciones, y en la galería inmediata.

A las ocho de la noche, los invitados se dirigieron á los salones para tomar un *lunch y el té*.

El Señor General Díaz, tomó asiento en el comedor que estaba en la gran terraza, y allí mismo fueron colocados los Honorables Delegados y el Cuerpo Diplomático.

Oímos hacer elogios á muchos europeos, sobre el buen servicio y la aptitud y diligencia que se observaba en todos los encargados de hacer lucir la fiesta.

A las diez y media de la noche, comenzaron á retirarse los invitados, no sin haber bailado aún algunas piezas de despedida.

Cuando ya nadie ocupaba salones, galerías, jardines ni terrazas, las flores y las luces, parecían mustias las unas, y opacas las otras. Tal vez quedaban vibraciones de notas perdidas de walses y polcas en los salones, y todo había pasado á la categoría de recuerdo; pero si los Señores Delegados y cuantos fueron invitados á la fiesta, conservan hasta el día grata remembranza de tan amena diversión, estamos seguros, porque lo oímos repetir de boca en boca, á casi todos los concurrentes, que, lo que más agradó, lo que cautivó sus espíritus, fué la noble castellana, á quien adornan y hacen brillar más que los diamantes y las perlas que lleva sobre su persona, sus virtudes, su talento, y su exquisita manera de recibir á todo aquel que se le acerca, y que guarda grata memoria de aquella entrevista: es decir, de la digna esposa del Señor General Díaz, autora de tan espléndida fiesta.